

28 de mayo
Vicente BLANCO GUADILLA

-Pobreza-

Nacimiento	: 5 de abril de 1882 (Frómista, Palencia)
Bautismo	: 8 de abril de 1882 (Frómista, Palencia)
Primeros votos	: 15 de agosto de 1901 (Notre Dame de l'Osier, Francia)
Votos perpetuos	: 8 de diciembre de 1902 (Roma, Italia)
Ordenación	: 14 de abril de 1906 (Roma, Italia)
Muerte	: 28 de noviembre de 1936
Enterrado en	: Paracuellos del Jarama

Textos bíblicos

Sal 73 (72), 23-26
1 Cor 13, 1-3
2 Cor 12, 7b-10
Fil 3, 7-8
Mt 5, 1-3
Mt 8, 19-20
Mt 19, 16-23
Lc 4, 17-19

Meditación

El Padre Vicente era el mayor de todo el grupo de los mártires oblatos de España. Tenía 54 años cuando murió.

Habiendo sido durante muchos años Superior del Seminario Menor, luego Maestro de Novicios y, finalmente, Superior del Escolasticado de Pozuelo, varios de los mártires lo habían tenido como formador. Uno que lo conoció, dijo de él:

“Ocho generaciones de novicios pasaron por su escuela de formación religiosa. Me atrevo a pensar que no haya ninguno que no le haya profesado veneración, respeto y estima, y es que no era un religioso vulgar, sino un varón de gran virtud, en especial de una gran prudencia, sólida piedad, celoso y abnegado con los intereses de la Congregación, amante de la Iglesia, austero y, al mismo tiempo, hombre de gran corazón; era, además, profundamente humilde, rígido consigo mismo, pero comprensivo e indulgente con los demás”. “Se distinguía por su observancia religiosa, que era estímulo para toda la comunidad” y le llamaban “el Santo Padre Blanco”

En el relato martirial de los Beatos de España, el Beato Vicente BLANCO GUADILLA es conocido por ser él quien protagonizó un momento trágico. Tras ser asaltado el

Escolasticado de Pozueño, la mañana del 23 de julio de 1936, los formadores deciden no celebrar la eucaristía en presencia de aquellos hombres armados y sin escrúpulos, por temor a profanaciones o cualquier barbaridad. En su lugar, consumieron todas las hostias del sagrario, también para evitar riesgos de profanación. Mientras reparte la comunión, todos ven que el Santo Padre Blanco está muy conmovido. Cuando termina y regresa a la sacristía comienza a llorar y exclama: “¡Qué será de esta casa ahora que no tenemos al Señor con nosotros!”.

¿Cómo interpretar este hecho? ¿Se vino abajo por el estrés y la responsabilidad? ¿Es una debilidad en un momento en el que el superior tenía que haber demostrado entereza? ¿Es una muestra de su carácter sensible? ¿Es fruto de su gran fe y devoción hacia la eucaristía? Si no conocemos a la persona será difícil responder. Podemos comprender este momento en el camino martirial del Beato Vicente también desde su propia vivencia personal. Dios lo había estado moldeando en el Beato Vicente un corazón sensible y tierno para que aportara al grupo de mártires oblatos inspiración por su ternura, cercanía y por su gran corazón, pero, sobre todo, por su abandono a la Providencia en medio de las penurias, la pobreza, las dificultades y, también, el peligro de muerte.

En efecto, Dios lo había ido preparando durante años a no contar con nada más que la presencia de Dios. Desde hacía 20 años a él le tocaba alimentar cada día las bocas de decenas de muchachos jóvenes, casi sin medios económicos. Cada mes llegaban las facturas y sólo la del pan equivalía a todo el salario mensual de un obrero, y él no tenía medios económicos. La presencia de los oblatos en España era aún muy precaria y no contaban con el suficiente sustento económico para hacer frente a sus necesidades. Se cuenta que cuando algún muchacho tenía que abandonar el seminario por haberse enfermado gravemente, veían llorar al Padre Vicente.

A todo ello se unían los problemas de ir construyendo poco a poco la casa de formación mientras ya se estaban dando clases en ellas, pues no tenían otro sitio donde ir, y así año tras año. Siempre sin medios, siempre sin espacio, siempre con obras, con problemas, con facturas, con preocupaciones... Primero en el seminario menor, luego en el noviciado, y, también, en el escolasticado. Siempre la misma pobreza humana.

Y aún quedaban los problemas más graves, la falta de buenos formadores, con un personal siempre escaso y siempre cambiante en esas casas de formación. No siempre llegaban los mejores formadores, y cuando había un buen equipo de formación, con frecuencia a los pocos meses alguno de los formadores tenía que partir para otra misión, en efecto eran muy pocos los oblatos en España y, además de la pastoral en España, tenían a su cargo misiones en Texas y Uruguay... Así que, al pobre padre Vicente le tocaba vivir constantemente en la pobreza abrazada por amor al Señor.

Él mismo, sensible e impresionable, no sólo llora, sino que tiene a menudo problemas para dormir y sufre de pesadillas durante meses. A él le tocó vivir períodos de verdadera noche oscura purificadora que supera con su confianza en Dios y en la Virgen María.

Seguramente el Beato Vicente Blanco había descubierto que su única riqueza y su única fortaleza era la presencia de Cristo Eucaristía que lo acompañaba en cada momento. Delante del Sagrario el Santo Padre Blanco, el Beato Padre Vicente, acostumbraría a encontrar reposo en su corazón en medio de la dificultad. Por ello, ahora cuando ven que la comunidad queda sin esa presencia física de Cristo, el Beato Vicente ve que su pobreza se ha convertido en absoluta, porque ve que le quieren arrebatarse lo único que, de verdad, tenía valor en su vida: Cristo.

Toda esa cruz la supo llevar con enorme confianza en Dios y con una profunda espiritualidad. Su carácter fue su modo de purificarse, de preparar su entrega martirial. Lo que alguno podría ver como una debilidad, él lo supo transformar en fortaleza. Si el P. Vicente se ganó el apelativo del “santo padre Blanco”, con el que todos lo llamaban, no fue por casualidad. Supo hacer de la fe su punto de fuerza, su apoyo. Lo que no le daba su temperamento, se lo daba su fe profunda.

El P. Blanco no era el hombre atrevido como el Beato Padre Francisco Esteban, quien iba a visitar con decisión a los escolásticos oblatos y otros religiosos sabiendo que bastaba ser sacerdote o religioso para que te mataran por la calle. El Beato Vicente tampoco fue aquél líder nato que habló en nombre de todos ante los verdugos en las fosas de Paracuellos para despedirse y dar la absolución. Sin embargo, fue durante los meses de la persecución un ejemplo de profunda y constante oración, en particular del rezo del rosario. En efecto, al día siguiente todos fueron expulsados del escolasticado y entonces se refugió en varias casas particulares de familias conocidas. Varios testigos afirman que, durante los meses en los que estaban escondidos, “su modo de rezar impresionaba” y que “estaba siempre con el Rosario en la mano”.

El grupo también necesitaba de un hombre así. No era solo necesaria la fortaleza humana del Padre Esteban, sino la fe profunda del “santo padre Blanco” que le movía a abrazar la pobreza confiando en la Providencia. Si el Padre Esteban fue el “padre” que daba seguridad, el P. Vicente fue, en cierto modo, la “madre”, impregnado por esa espiritualidad de ternura mariana que lo caracterizó siempre. Sin él, los mártires de Pozuelo podrían verse como unos “superhéroes”, como si el martirio fuera solo fruto de sus fuerzas humanas y no un don de Dios. En el Padre Vicente vemos que los límites humanos, las fragilidades que todos tenemos, no son impedimento para la nuestro camino vocacional hacia la santidad. Como escribía el mismo Beato Vicente, en medio de sus problemas y penurias: «“Fiat voluntas Dei”. Quiera Dios que sea para mayor gloria suya, bien de mi alma y de toda la casa de formación».

Oración

Beato Vicente Blanco
En ti la fuerza de Cristo
se manifestó en tu debilidad
El Señor moldeó tu sensible corazón
Para que tuviera a Cristo como su única fortaleza.
Tú eres un ejemplo de que Dios
no siempre elige a los más capaces,
sino que siempre capacita a quienes elige
teniendo a Cristo como su única riqueza.
Te pedimos, que intercedas, con tus compañeros de martirio
para que nuevos jóvenes
consideren todo en esta vida un desperdicio,
con tal de poder tener a Cristo y sólo a El
en nuestra familia religiosa oblata.

Junto contigo y tus compañeros mártires
pedimos esta gracia a Dios
por medio de Jesucristo Nuestro Señor,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.